

VESTÍGIOS – Revista Latino-Americana de Arqueología Histórica

Volume 8 | Número 1 | Janeiro – Junho 2014

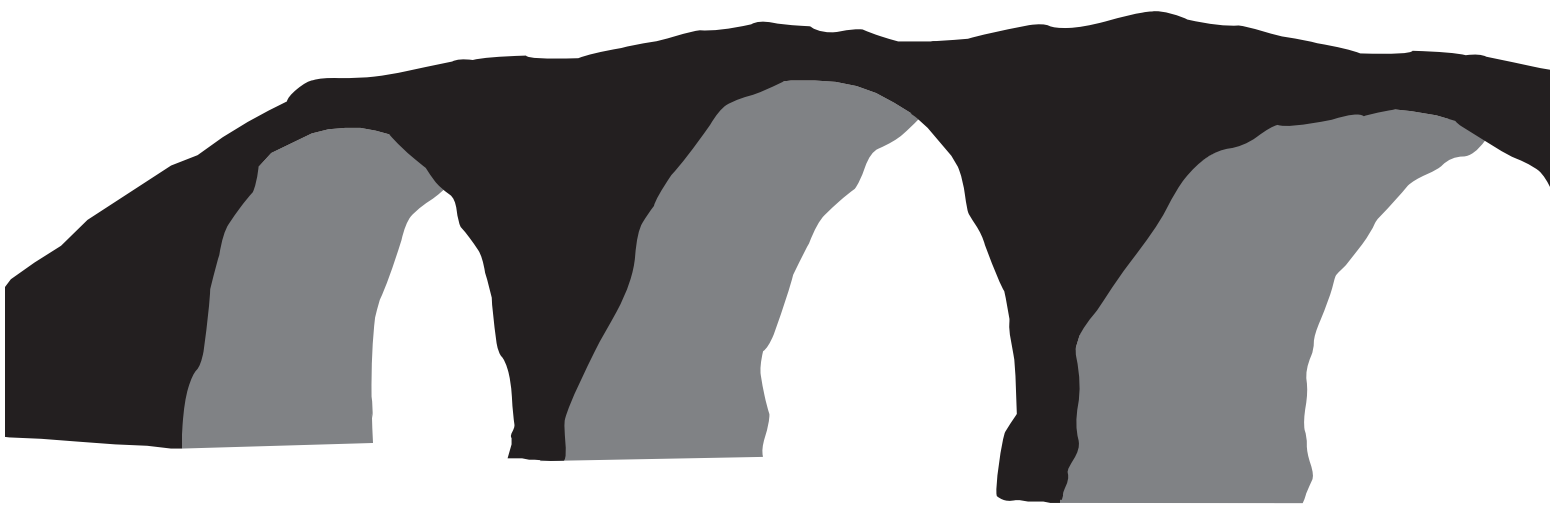
ISSN 1981-5875

ISSN (online) 2316-9699

**EN BUSCA DE LAS EXPERIENCIAS PERDIDAS.
ARQUEOLOGÍA DEL ENCUENTRO ENTRE LOS LOBE-
ROS Y LAS ISLAS SHETLAND DEL SUR (ANTÁRTIDA,
SIGLO XIX)**

**EM BUSCA DAS EXPERIÊNCIAS PERDIDAS.
ARQUEOLOGIA DO ENCONTRO ENTRE OS CAÇA-
DORES DE FOCAS E AS ILHAS SHETLAND DO SUL
(ANTÁRTICA, SÉCULO XIX)**

Melisa A. Salerno y Andrés Zarankin



Data de recebimento: 12/3/2014

Data de aceite: 23/6/2014

EN BUSCA DE LAS EXPERIENCIAS PERDIDAS.
ARQUEOLOGÍA DEL ENCUENTRO ENTRE LOS LOBEROS Y LAS ISLAS SHETLAND DEL SUR (ANTÁRTIDA, SIGLO XIX)

EM BUSCA DAS EXPERIÊNCIAS PERDIDAS.
ARQUEOLOGIA DO ENCONTRO ENTRE OS CAÇADORES DE FOCAS E AS ILHAS SHETLAND DO SUL (ANTÁRTICA, SÉCULO XIX)

Melisa A. Salerno¹ y Andrés Zarankin²

RESUMEN

Historiadores y arqueólogos se han aproximado a la historia temprana de Antártida, abordando el encuentro entre los loberos y las Islas Shetland del Sur en el siglo XIX. A pesar que la temática del encuentro pudo haber estimulado discusiones sobre la experiencia encarnada de los grupos humanos en un territorio hasta el momento desconocido, lo cierto es que la mayor parte de los trabajos subestimó su importancia. En este artículo perseguimos dos objetivos relacionados. Por un lado, analizamos los estudios tradicionales sobre el encuentro, discutiendo los factores que pudieron impactar de manera negativa el interés por la experiencia corporal. En segundo lugar, presentamos una propuesta que intentará reintegrar el compromiso de los cuerpos con el mundo.

Palabras clave: Islas Shetland del Sur, loberos, experiencia, cuerpo

ABSTRACT

Historians and archaeologists have approached the early history of Antarctica, considering the encounter between sealers and the South Shetland Islands in the 19th century. Even though that the idea of the encounter could have estimula-

1 Instituto Multidisciplinario de Historia y Ciencias Humanas, CONICET, Argentina. melisa_salerno@yahoo.com.ar

2 Departamento de Sociologia e Antropologia, Faculdade de Filosofia e Ciências Humanas, Universidade Federal de Minas Gerais (UFMG), Brasil. zarankin@yahoo.com

ted discussions on the embodied experience of people in a previously unknown territory, the thing is that most of the works underestimated its importance. In this work we pursue two interrelated goals. First, we will analyze the studies on the encounter, discussing the factors that could have had a negative impact on the consideration of this kind of experience. Second, we will present a proposal to integrate the bodily involvement with the world.

Key words: South Shetland Islands, sealers, experience, body

RESUMO

Os historiadores e arqueólogos têm se aproximado dos primeiros momentos da história antártica, abordando o encontro dos caçadores de focas com as Ilhas Shetland do Sul no século XIX. Embora o tema do encontro possa ter estimulado as discussões sobre a experiência encarnada dos grupos humanos em um território desconhecido, a verdade é que a maioria dos estudos subestimaram sua importância. Neste trabalho consideramos dois objetivos intimamente relacionados. Por um lado, analisamos os estudos tradicionais sobre o encontro, discutindo os fatores que impactaram negativamente o interesse pela experiência corporal. Em segundo lugar, apresentamos uma proposta para tentar reintegrar a participação dos corpos no mundo.

Palavras-chave: Ilhas Shetland do Sul, caçadores de focas, experiência, corpo

INTRODUCCIÓN

La Antártida fue el último continente en ser ocupado por los seres humanos. Hacia principios del siglo XIX, naves loberas pertenecientes a compañías capitalistas de distintas nacionalidades se aventuraron más allá del territorio conocido en los Mares del Sur. Su propósito era encontrar nuevas colonias de animales para abastecer a los crecientes mercados mundiales de aceite y pieles. Fue en este contexto que diversos contingentes de navegantes-cazadores avistaron y arribaron por primera vez a las Islas Shetland del Sur, el archipiélago antártico más próximo a las costas sudamericanas. La explotación de las islas se desarrolló en distintos momentos del siglo XIX. Con el correr del tiempo, las Shetland dejaron de recibir cazadores. Sin embargo, comenzaron a ser visitadas por otros grupos humanos; principalmente, científicos (incluyendo arqueólogos).

Durante siglos, algunos pensadores plantearon la existencia de un continente austral “incógnito”. Sin embargo, nadie había estado allí ni lo había experimentado. Cuando los loberos llegaron por primera vez a las Shetland, encontraron un territorio sin marcas culturales. Resulta sencillo imaginar que el archipiélago inauguró experiencias novedosas para ellos como sujetos encarnados. Con el correr de los años, la región fue asociada a un conjunto siempre creciente de referencias. Sin embargo, no por ello dejó de presentar desafíos. Las islas no fueron ni son habitadas por personas nacidas y criadas en el lugar. Fueron y son habitadas, por períodos variables, por personas nacidas y criadas en otros lugares, que viajaron y aún viajan hasta allí para trabajar. Independientemente de las referencias, visitar por primera vez las Shetland supone enfrentar un mundo desconocido en primera persona.

Son precisamente las cuestiones planteadas en el párrafo anterior las que traen al frente la temática del “encuentro”: un proceso constante de relaciones dinámicas entre los grupos humanos y el mundo, donde la experiencia podría tener un lugar importante. El encuentro de los loberos con las Islas Shetland del Sur ha sido explorado por historiadores y arqueólogos. Sin embargo, en la mayor parte de los casos, sus trabajos subestimaron el papel de la experiencia encarnada. En este artículo planteamos dos objetivos interrelacionados. El primero consiste en analizar los estudios tradicionales sobre el encuentro, discutiendo los factores que impactaron de manera negativa el interés por la experiencia corporal. El segundo reside en refinar una propuesta que permita reintegrar el compromiso de los cuerpos con el mundo (los primeros pasos fueron dados en Salerno *et al.* 2010). Finalmente, cerramos el trabajo con una narrativa que ilustra el potencial de las ideas elaboradas en el marco de nuestras investigaciones.

ESTUDIOS TRADICIONALES SOBRE EL ENCUENTRO

En esta primera sección analizamos las formas en que historiadores y arqueólogos abordaron el encuentro entre los loberos y las Shetland del Sur. En un primer apartado presentamos las investigaciones efectuadas, destacando los intereses disciplinares y conceptos en juego. En la segunda y tercera sección discutimos por qué los estudios subestimaron la importancia de la experiencia corporal. Por una parte, reflexionamos sobre los presupuestos que los investigadores compartieron de manera ocasional, aunque no siempre consciente y/o explícita. Por otra parte, referimos al impacto que dichos presupuestos tuvieron concretamente en los estudios. La relación que los investigadores mantuvieron con su objeto de análisis aporta información sobre el rol que otorgaron a su propia experiencia encarnada en los trabajos. Asimismo, las formas en que definieron las relaciones entre las personas y el mundo circundante permiten comprender el lugar que asignaron a la experiencia en el pasado.

BREVE DESCRIPCIÓN DE LAS INVESTIGACIONES

Los historiadores aportan las referencias más tempranas y abundantes sobre el encuentro de los loberos con las Shetland. Parte significativa de estos trabajos hizo énfasis en la idea de “descubrimiento” (Miers, 1920; Martin, 1940; Gould, 1941; Stackpole, 1952, 1955; Fitte, 1962, 1974; Braun Menéndez, 1974; Pinochet de la Barra, 1976). De la mano de este concepto, los esfuerzos se centraron en discutir los grandes eventos y personajes de la historia temprana de las islas (Zarankin y Senatore, 2007). Así, los investigadores procuraron determinar cuáles fueron las primeras embarcaciones que llegaron al archipiélago, cuál fue la nacionalidad de sus descubridores, y en qué fecha se produjeron tales circunstancias. Considerando narrativas oficiales (como bitácoras y diarios de viaje), los historiadores comúnmente elaboraron el encuentro desde la perspectiva de los capitanes. Por este mismo motivo, consideraron los derroteros seguidos por las embarcaciones, las formas en que se reconoció la topografía de las islas, se le asignó nombres específicos a ciertos lugares, y se determinó su localización geográfica (Salerno *et al.*, 2010).

Algunos otros trabajos se aproximaron al encuentro, considerando la “cronología” de los viajes efectuados por naves loberas a la región (Roberts, 1958; Headland, 1989, 2009). Si bien las cronologías reprodujeron la lógica de grandes eventos y personajes, también lograron extender la escala de los trabajos interesados en el descubrimiento. Teniendo en cuenta las fechas de los viajes, los nombres de las embarcaciones y los capitanes a cargo, los historiadores buscaron información sobre el producto obtenido mediante la caza y procesamiento de

los lobos (medido en cantidades de aceite y pieles). A diferencia de los estudios sobre el descubrimiento, estos trabajos abordaron el encuentro como un proceso de explotación (Berguño, 1993a, 1993b; Basberg y Headland, 2008). En este marco, los loberos terminaron perdiendo importancia frente al peso brindado a construcciones más abstractas como el sistema económico. Precisamente por ello, la historia de las Shetland fue pensada como una sucesión de ciclos, dependiente de los animales disponibles, la demanda de productos en el mercado internacional y la rentabilidad de la actividad.

Los trabajos de los arqueólogos sobre el encuentro son más recientes (aunque los primeros se remontan a la década de 1990, y desde entonces la producción ha crecido exponencialmente). Sumándose a la propuesta de algunos historiadores, algunos colegas abordaron la temática desde un enfoque ligado al “descubrimiento” (Martín-Bueno, 1995, 1996). Partiendo de un entendimiento particular de la disciplina (esto es, como auxiliar de la historia), procuraron confirmar o rechazar mediante evidencia material lo que los documentos históricos parecían indicar (por ejemplo, qué embarcación pudo llegar primero a la región). Mientras tanto, un número significativo de trabajos se aproximó al encuentro mediante la idea de “ocupación”. Para ello se prospectaron diversas islas del archipiélago, localizando los campamentos erigidos por los loberos y excavando algunos de ellos (Senatore y Zarankin, 1996, 1997; Zarankin y Senatore, 1996, 1997, 2007; Pearson y Stehberg, 2006). Sin lugar a dudas, esta propuesta estuvo acompañada por un interés significativo en las denominadas personas “sin historia” (*sensu* Wolf, 1982): los trabajadores de las compañías de caza, cuyas vidas no siempre fueron registradas por las narrativas oficiales.

El estudio arqueológico de la ocupación temprana de las islas se desarrolló mediante dos frentes complementarios. En primer lugar, algunos estudios procuraron discutir las estrategias de las compañías de caza para instalar las partidas de operarios, maximizando la productividad y minimizando los costos. Además de los suministros ofrecidos a los operarios y las exigencias laborales impuestas, los arqueólogos consideraron las localizaciones escogidas para el desarrollo de las actividades (posibles áreas de caza, orientación de los campamentos, posibles relaciones entre ellos, etc.) (Senatore y Zarankin, 1999; Zarankin y Senatore, 1999, 2005, 2007). En segundo lugar, algunos trabajos decidieron abordar las formas en que los loberos enfrentaron las condiciones de vida y trabajo en las Shetland. Con este propósito, los arqueólogos analizaron la materialidad de los campamentos y discutieron las particularidades de algunas prácticas cotidianas como la construcción de refugios, la alimentación, el vestido, la caza y el procesamiento de animales (Zarankin y Senatore, 1999, 2005, 2007; Stehberg,

2003; Stehberg y Lucero, 2005; Pearson y Stehberg, 2006; Salerno, 2006, 2007; Zarankin *et al.*, 2008).

PRINCIPIOS SUBYACENTES A LOS TRABAJOS

Aunque los historiadores y arqueólogos que discutieron el encuentro de los loberos con las Islas Shetland del Sur trabajaron desde marcos teóricos distintos, usualmente compartieron una serie de presupuestos más amplios y largamente enraizados en las ciencias sociales. Con ello nos referimos a los principios subyacentes al pensamiento moderno. El pensamiento moderno buscó organizar el mundo mediante dicotomías: el resultado de dividir un todo en dos segmentos irreductibles. A pesar de ser complementarios, los términos que integran los pares binarios mantienen relaciones jerárquicas (estando asociados a valoraciones diferenciales) (Grosz, 1994; Thomas, 1996; Butler, 2002). A continuación referimos a algunas dicotomías que resultaron relevantes para las ciencias sociales, y que tuvieron un impacto negativo en el abordaje de la experiencia corporal (ver Salerno 2011 para más detalles). Con ello nos referimos a las contraposiciones entre cuerpo y mente, y entre sujeto y objeto.

René Descartes (1968) señaló que los seres humanos se encontraban compuestos por sustancias contrapuestas. El cuerpo formaba parte de los objetos físicos, externos, naturales y materiales. Por su parte, la mente formaba parte del sujeto. Se definía por rasgos psíquicos, internos, inmateriales. En líneas generales, el cuerpo y la mente mantenían un vínculo asimétrico. Los rasgos que definían a los seres humanos residían en su capacidad de pensamiento. Mientras tanto, la materialidad del cuerpo también se hallaba presente entre las cosas y los restantes seres vivos. Bajo el pensamiento moderno, las disciplinas interesadas por los seres humanos centraron la atención en la razón. El cuerpo resultó abordado por las disciplinas influenciadas por la física. Consecuentemente, cuando las ciencias sociales se aproximaron al mismo, comúnmente lo hicieron desde una perspectiva anátomo-fisiológica (Le Breton, 1995; Entwistle, 2000; Vigarello, 2005).

Descartes (1968) sostuvo que los objetos y los sujetos presentaban características irreductibles (derivadas de las definiciones de cuerpo y mente). Sin embargo, podían ponerse en contacto durante la percepción. El pensamiento moderno presupuso la existencia de un mundo objetivo, explícito y determinado. El mismo se encontraba compuesto por objetos diferenciados, externos e independientes. En este marco, la percepción constituyó un fenómeno derivativo (Gardner, 2006). El cuerpo y la mente desempeñaron roles diferenciados. Mientras el cuerpo percibía el mundo a través de los sentidos, la mente elaboraba una interpretación de ello (una suerte de representación interna del mundo exterior). La mente también

definía los planes para la acción, que —en todo caso— debían ser llevados a cabo por el cuerpo (Grosz, 1994; Crossley, 1995, 2001; Aho, 2005).

Si bien el pensamiento moderno reconoció el rol del cuerpo para aprehender el mundo, también entendió que el mismo era secundario frente a la razón. Los sentidos y las pasiones resultaban engañosos (Descartes, 1968). A pesar de ello, podían ser jerárquicamente valorados según su contribución al conocimiento objetivo. Por lo general, la vista (sólo seguida por el oído) contó con un papel privilegiado (Thomas, 1993). No sólo aseguraba la distancia prudencial entre sujetos y objetos; también se encontraba históricamente conectada con la contemplación y abstracción filosófica. Los restantes sentidos (como el olfato, el gusto y el tacto), que promovían la proximidad entre los sujetos y los objetos, fueron considerados serviles y complementarios. Asimismo, fueron entendidos como lindantes con la animalidad (Stewart, 1999). Finalmente, las pasiones fueron definidas como importantes factores de distorsión de la realidad (por lo que debían ser dominadas) (Tarlow, 2000).

SUBESTIMACIÓN DE LA EXPERIENCIA CORPORAL

Para discutir las formas en que los fundamentos del pensamiento moderno impactaron negativamente la consideración de la experiencia corporal en el estudio del encuentro, en primer lugar evaluamos el posicionamiento de los propios investigadores. En la mayor parte de los trabajos, historiadores y arqueólogos fueron implícitamente asociados con sujetos activos o entidades cognoscentes. Su posición fue construida por oposición a la de un conjunto de objetos pasivos o realidades cognoscibles (asimilable a los sujetos del pasado y sus relaciones con el mundo). En el contexto de las investigaciones, la distinción entre sujetos y objetos fue reforzada por la distinción entre pasado y presente. Si el investigador se distanciaba de lo que pretendía conocer, situándolo en el pasado, entonces la distancia que comportaba la dicotomía se encontraba resguardada.

Para el pensamiento moderno, conocer el pasado fue un desafío. El presente se definía como lo que era, y el pasado como lo que ya no existía más. En este enfoque, lo único que quedaba de otros tiempos era un conjunto de huellas (por ejemplo, los escritos y materiales a los que acudían historiadores y arqueólogos) (Ricoeur, 2004). Aunque esa evidencia sólo podía existir en el presente (y su conocimiento también se alcanzaba desde ese contexto), los investigadores la entendieron como una suerte de cápsula (Thomas, 1996; González-Ruibal, 2013). Si las huellas eran fragmentos del pasado, el auxilio que podía prestar la experiencia corporal de los investigadores era limitado. Incluso entre los arqueólogos, quienes pasaban largas temporadas en las islas, sus vivencias no parecían

ser de más utilidad que para registrar los restos. En este sentido, el puente entre el presente del sujeto y el pasado del objeto dependía de la inevitable contemplación y la capacidad de abstracción de los sujetos.

En los estudios tradicionales sobre el encuentro, un número importante de investigadores buscó alcanzar un ideal de objetividad. El mismo se expresó en la producción de textos científicos que intentaron contraponerse a otras formas narrativas (Zarankin y Senatore, 2012). La distinción entre un objeto pasado y un sujeto presente, cuyas experiencias no parecieron resultar significativas, permitió hacer foco en el primero, sin ofrecer mayores referencias sobre el segundo. El investigador quedó prácticamente invisibilizado en su propio discurso. La mayor parte de los textos sobre el encuentro fueron escritos de manera impersonal, mientras que aquéllos que fueron elaborados en primera persona comúnmente ofrecieron la impresión de asimilar el yo o el nosotros a una suerte de colectivo legitimador representado por la ciencia. La relativa ausencia del investigador procuró dar cuenta de un procedimiento conducido por criterios racionales que podían ser replicados por cualquier otro sujeto cognoscente (independiente de su posición).

Anteriormente abordamos el posicionamiento de los investigadores y el impacto que ello pudo tener en la incorporación de su propia experiencia en los trabajos. A partir de ahora, reflexionamos sobre las formas en que los investigadores consideraron la experiencia corporal en el contexto del encuentro. En la mayor parte de los casos, historiadores y arqueólogos pudieron proyectar los procedimientos de la ciencia moderna al pasado (Salerno *et al.*, 2010). Si bien durante el siglo XIX, los fundamentos del positivismo lograron extenderse, lo cierto es que no todos los grupos se encontraron igualmente permeados por ellos. Siguiendo esta misma tendencia, aquéllos que se vieron afectados por el pensamiento científico, no lo utilizaron como la única o principal forma de vincularse con el mundo. Desde nuestra posición, pensar lo contrario forma parte de una “falacia escolástica” (*sensu* Bourdieu, 1999): una reificación de las categorías de la ciencia (como si las mismas fueran una expresión de un mundo explícito y determinado).

Si consideramos las investigaciones interesadas por el “descubrimiento”, encontramos descripciones donde los loberos y las islas fueron presentados como sujetos cognoscentes y objetos cognoscibles. Los trabajos destacaron el empleo de la visión, al punto que reprodujeron una tendencia oculocentrista (Jay, 1988; Levin, 1993). La distancia impuesta por la mirada fue exacerbada por descripciones de las islas desde el mar, sin que existieran demasiadas ocasiones donde se diera cuenta de una inmersión en el territorio. La objetivación del espacio

fue vinculada al esfuerzo de los loberos por localizar rasgos geográficos a través de un sistema de coordenadas. Transformadas en puntos en un mapa, estas referencias permitían captar lugares mediante el poder de la mirada (integrándolas simultáneamente a una órbita de conocimiento y poder) (*sensu* Thomas, 1999). No descartamos que las reflexiones de los historiadores hayan estado influenciadas por los registros seleccionados en sus trabajos; esto es, narrativas elaboradas por los capitanes que permanecían a bordo de las embarcaciones y tenían un buen manejo de procedimientos científicos. Sin embargo, la exclusión de otras experiencias probablemente pueda ser explicada como resultado de un recorte particular de los investigadores.

Los trabajos interesados por la “ocupación” también reprodujeron la idea de un espacio abstracto, entendido como pura extensión; esto es, como una suerte de contenedor a la espera de ser “ocupado” por personas y cosas. De manera semejante a los estudios sobre el encuentro, estas investigaciones reforzaron la distinción entre los loberos como sujetos activos y las islas como entidades pasivas. Por un lado, los estudios sobre las estrategias de las compañías de caza dieron cuenta de una aproximación racional al espacio del archipiélago. Si bien el foco comenzó a ponerse en el territorio (alejándose de la mirada efectuada desde el mar), las acciones sobre el espacio fueron asociadas a un cálculo de costo-beneficio sobre dónde, cuándo y cuánto trabajar (Salerno *et al.*, 2010). Por su parte, los estudios preocupados por la vida cotidiana de los loberos también parecieron dar cuenta de un vínculo un tanto desencarnado con el mundo. Independientemente del énfasis en el concepto de práctica, las acciones descritas parecieron ocultar el rol del cuerpo —(incluso en aquellos casos donde se hizo referencia a prácticas íntimamente ligadas con el cuerpo, como el vestido y la alimentación) (Salerno, 2011).

UNA NUEVA PROPUESTA PARA ABORDAR EL ENCUENTRO

En esta segunda sección presentamos una propuesta alternativa y para abordar el encuentro entre los loberos y las Islas Shetland del Sur, destacando el papel de la experiencia corporal. El empleo de los términos alternativo y experimental no resulta casual. Diciendo alternativo queremos dejar en claro que nuestro plan de trabajo —aunque parta de principios diferentes a los comúnmente empleados por los investigadores— no es más que uno entre otros posibles. En vista de esto, no tiene como objetivo eliminar otras aproximaciones. Además, refiriendo al carácter experimental de la propuesta, no buscamos asimilarla a los procedimientos tradicionales de la ciencia moderna, donde los investigadores ponían a prueba una hipótesis de trabajo determinada (aceptándola o rechazándola). Muy por el

contrario, el término experimental se encuentra asociado a la idea de explorar las posibilidades de interpretación que ofrece un nuevo posicionamiento concerniente a la experiencia encarnada.

En nuestro equipo de trabajo, el desarrollo de una nueva aproximación demandó no sólo reflexionar sobre las formas en que tradicionalmente discutimos el encuentro, sino también repensar los problemas de investigación desde un nuevo posicionamiento. Los primeros pasos sobre el tema comenzaron a ser dados algunos años antes (ver Salerno *et al.* 2010). Dos situaciones colaboraron de manera directa: los estudios de Melisa A. Salerno sobre el vestido de los loberos, y las discusiones de Andrés Zarankin sobre el impacto del trabajo de campo sobre los propios arqueólogos. Por un lado, el abordaje del vestido y sus múltiples relaciones con el cuerpo, permitieron a Salerno considerar las formas en que integrar la experiencia corporal podrían transformar la comprensión de la vida de los cazadores en el pasado (Salerno 2011). Por otra parte, las múltiples percepciones, sensaciones y emociones que Zarankin vivió durante repetidas campañas en las Shetland, le permitieron discutir el lugar de su propia experiencia en la producción académica, así como las formas impersonalizadas de escritura de la propia disciplina arqueológica (Zarankin y Senatore 2012).

Decidimos organizar la sección mediante tres apartados. En el primero de ellos referimos a los presupuestos de investigación que comenzaron a orientar nuestras investigaciones desde hace algunos años. Estos fundamentos parten de un sustrato diferente al de las investigaciones tradicionales sobre el encuentro. Precisamente, recurren a la fenomenología de Maurice Merleau-Ponty, así como a algunas de sus relecturas por parte de la antropología (Csordas 1990, 1993, 1999) y la arqueología (Tilley 1994, 2004) –ver Salerno 2011 para más detalles. En el segundo apartado referimos a las formas en que los presupuestos de investigación seleccionados han impactado diversos aspectos de la producción. Por un lado, atendemos a la relación que como investigadores planteamos con aquello que estudiamos. Por otra parte, consideramos las formas en que buscamos discutir la experiencia corporizada de los loberos. En el tercer apartado ensayamos un breve relato sobre los nuevos pasos que estamos dando en el contexto del proyecto.

PRESUPUESTOS SUBYACENTES A LOS TRABAJOS

A finales del siglo XIX y principios del siglo XX, Edmund Husserl (1927, 1989) sostuvo que la filosofía occidental se encontraba fundada sobre una serie de presupuestos problemáticos. Desde su postura, la mayor parte de esos principios comportaba una “actitud natural” que raras veces resultaba cuestionada (Ribeiro de Moura 2001). Husserl propuso acercarse a las “cosas mismas”; es decir, a los

“fenómenos” que se presentaban inmediatamente a la experiencia perceptiva (Carr 1987; Jackson 1996; Throop y Murphy 2002; Citro 2006). Años después, Merleau-Ponty decidió profundizar la obra de Husserl. Así apuntó que la desnaturalización de las ideas del cuerpo y la experiencia aportaban herramientas útiles para cuestionar las dicotomías del pensamiento moderno. Los fenómenos no se presentaban como pares binarios a la experiencia. Esto no podía ser más que el resultado de procesos de categorización objetivos (Crossley 1995).

A pesar de cierta “somatofobia” (*sensu* Grosz 1994), Merleau-Ponty logró reinsertar la relevancia del cuerpo en la filosofía. Uno de los fundamentos de su propuesta consistió en señalar que nuestra existencia era corporal. Con ello buscó dejar en claro que los seres humanos no “poseíamos” un cuerpo, sino que éramos uno. Merleau-Ponty entendió que las personas no nos relacionábamos con nuestros cuerpos como lo hacíamos con los objetos externos (Lock 1993; Van Wolputte 2004). El cuerpo vivido o fenoménico no podía ser entendido como una realidad distinta e independiente de uno mismo. El cuerpo constituía un término omnipresente, una experiencia continua de uno mismo que no podía ser abandonada bajo ninguna circunstancia. A pesar de su importancia, Merleau-Ponty no buscó contraponer el cuerpo a la mente ni restarle importancia a esta última. Cuerpo y mente formaban parte de una unidad; no podían ser sino paralelos (Merleau-Ponty 1993).

Para Merleau-Ponty, el mundo original no era otro que el percibido. Consecuentemente, la percepción no podía ser descrita como un fenómeno derivativo o secundario. El mundo fenoménico se presentaba como indeterminado. Sus elementos tenían fronteras difusas y se hallaban íntimamente conectados. En el desarrollo de la experiencia, no existían dos objetos separados: uno en el mundo y otro en la mente. Tampoco se registraban sujetos cognoscentes y objetos cognoscibles como entidades contrapuestas (Crossley 1995, 2001). Nuestro propio cuerpo, en tanto “sintiente” y “sensible”, experimentaba la posibilidad de ser sujeto y objeto al mismo tiempo (Citro 2006). De acuerdo a Merleau-Ponty, la percepción no podía ser definida como causal o lógica; en todo caso, se encontraba posibilitada por la intencionalidad del organismo y la significación.

Merleau-Ponty señaló que la existencia no debía ser entendida como un “yo pienso”, sino como un “yo puedo” (Merleau-Ponty 1993). La intencionalidad permitía explorar el mundo y responder a su sollicitación. Ello significaba que los seres y las cosas desempeñaban roles activos y pasivos durante su interacción. Al orientarse hacia el mundo, el cuerpo lo comprendía sin tener que hacer uso de ninguna facultad de objetivación. Si comprender era experimentar un acuerdo entre el objeto de nuestras intenciones y acciones, la significación necesitaba que

las personas alcanzaran un cierto grado de familiaridad entre su mundo y el cuerpo. En este contexto, se volvió posible sostener que el cuerpo resultaba capaz de comprender cuando adquiría un hábito nuevo. Tanto en la intencionalidad como en la significación adquirieron un valor importante la visión, el movimiento y los restantes sentidos.

Si bien Merleau-Ponty no profundizó en este punto, el “saber hacer” que suponía nuestro involucramiento con el mundo presentaba formas culturalmente específicas (Rabelo y Almeida Souza 2000). La posibilidad de compartir ciertas modalidades de acción y entendimiento dependían de la existencia de procesos de “intersubjetividad” e “intercorporalidad”. Al considerar que el mundo original no era otro que el mundo percibido, Merleau-Ponty entendió que no existían múltiples realidades subjetivas e independientes. Las personas compartían un mismo ámbito en el que desarrollaban su percepción (lo que no equivalía a decir que percibían exactamente las mismas cosas). Dentro de este contexto, las fronteras entre los sujetos se volvían difusas. La intersubjetividad refería, así, a la experiencia del “otro” en mí, y la de mí en “otro” (Citró 2006). La propuesta de Thomas Csordas (1990, 1993, 1999) sobre el *embodiment* viene a tocar este punto. Así señala que la experiencia corporizada es el comienzo para entender la participación intersubjetiva en el mundo cultural.

INTEGRACIÓN DE LA EXPERIENCIA CORPORAL

Teniendo en cuenta las ideas presentadas en el apartado anterior, en primer lugar consideramos las formas en que nos posicionamos como investigadores en el contexto de nuestros estudios. Vale la pena señalar que no nos sentimos identificados con una categoría de sujeto activo que se define en contraposición con un objeto de estudio pasivo. En tanto seres-en-el-mundo (*sensu* Heidegger 2007) nos sentimos vinculados con otros seres-que fueron-en-el-mundo; y que incluso fueron en el mismo lugar en que ocasionalmente los investigadores podemos estar. Independientemente de la distancia temporal que pueda mediar entre “ellos” y “nosotros”, los loberos aún solicitan nuestra atención de maneras específicas, modelan nuestras intenciones, imponen posibilidades y límites de acción a nuestros trabajos.

A diferencia del pensamiento moderno, no consideramos que pasado y presente sean contrapuestos. Ambos términos se encuentran en tensión y diálogo permanente. El pasado fue el presente de otros, y el presente constantemente se vuelve pasado. Si en todo caso, el pasado existe en forma de las huellas de lo que alguna vez fue, estas últimas sólo pueden ser presentes, y necesitan ser aproximadas desde ese contexto (Thomas 1996; Buchli y Lucas 2001; González-Ruibal

2013). Al co-existir con nosotros en el mundo, las formas en que originalmente nos aproximamos a esas huellas se fundan en la percepción. Las estadías en el campo, las horas que pasamos en el gabinete o en el laboratorio son momentos en que establecemos un vínculo profundo con los restos arqueológicos, los documentos históricos. Acercarnos a estas huellas compromete nuestra experiencia, tanto perceptual como emocional. Nuestro sistema de significaciones adquiridas se encuentra en “torno nuestro” y se hace “a la mano” para aproximarnos de manera pre-objetiva a aquello hacia lo cual nos orientamos (Csordas 1993; Merleau-Ponty 1993).

Aunque el ideal de ciencia moderna usualmente haya renegado de la subjetividad, consideramos que ella no es algo de lo que podamos (o, en nuestro caso, queramos) prescindir. Esto nos llevará, en última instancia, a elaborar textos que desafíen las convenciones del texto científico, aproximándonos a formas narrativas que no se presentan a sí mismas como neutrales (Zarankin y Senatore 2012). Si la subjetividad del investigador, entrelazada con sus propias experiencias, se vuelve relevante, entonces su presencia debe tornarse clara en el contexto de producción. Esta presencia no debe limitarse a que el investigador se identifique a sí mismo como el autor del texto; también necesita referir a su posicionamiento, y a las formas en que se “encuentra” en y con el mundo. Después de todo, no tenemos intención que aquello que fue sugerido por nuestra propia experiencia quede exclusivamente registrado en las notas marginales de alguna libreta, o quizás en ninguna parte más que en nuestros recuerdos o en las charlas informales con otros colegas.

Más allá de nuestro posicionamiento como investigadores, quisiéramos detenernos algunos instantes en nuestro entendimiento de la experiencia pasada, y el rol que asociamos a la misma en el encuentro entre los loberos y las Shetland del Sur. A diferencia de una aproximación al espacio informada por la ciencia (como la denominada “visión cartográfica”), todos los loberos (como cualquier ser humano) mantuvieron un compromiso experiencial y corporal con las islas. Mientras el espacio físico puede ser pensado como pura extensión, el espacio habitado no puede ser considerado un espacio vacío (Bender 1993; Thomas 1993; Tilley 1994, 2004). De este modo, para poder hablar de un espacio habitado se vuelve necesario discutir las formas en que los seres humanos lo percibieron, lo sintieron, se orientaron a su materialidad, respondieron a su sollicitación, adquirieron una creciente familiaridad con él. En este marco, el espacio habitado supone una red de relaciones entre las personas, el paisaje y sus rasgos

NUESTROS PRIMEROS PASOS

Comenzar a integrar la experiencia corporal en el marco de nuestras investigaciones no es una tarea sencilla, sobre todo si consideramos que durante mucho tiempo la misma fue subestimada no sólo por una tradición de trabajos interesados por el encuentro entre los loberos y las Shetland, sino también por nosotros mismos. Los abordajes que consideran la experiencia pueden cobrar diversas formas. Actualmente, en el contexto del equipo hemos comenzado a explorar cómo las experiencias del encuentro de los propios investigadores con las Islas pueden transformarse en una herramienta para comenzar a discutir algunos aspectos de la experiencia encarnada de los loberos en las islas. Para ello construimos una narrativa en la que desarrollamos algunas cuestiones que estamos teniendo en consideración. Sin embargo, antes de meternos en la misma, quisiéramos efectuar algunos comentarios.

Para abordar la experiencia de los investigadores en Antártida, desde hace algunos años solicitamos a los participantes de las campañas arqueológicas que describieran lo que consideraran relevante de su estadía en las islas (ver anexo guía de preguntas). Fue precisamente en estos relatos donde se volvieron recurrentes algunas vivencias compartidas. Las mismas se desarrollaron en una serie de escenarios comúnmente habitados por los arqueólogos: el campamento de operaciones, el recorrido que lleva desde el campamento hasta los sitios arqueológicos, los antiguos campamentos loberos. En cada uno de esos lugares, destacaron una serie de “puntos sensibles” (*sensu* Besse 2006); esto es, elementos presentes en el mundo circundante, en los que –por uno u otro motivo– centramos la atención. Ellos nos orientan y hacia ellos nos orientamos (Tilley 1994, 2004); y la creciente familiaridad con los mismos nos permite hacer carne el mundo, a la vez que el mundo nos termina incorporando (Merleau-Ponty 1993).

Estamos seguros que la experiencia intersubjetiva de los arqueólogos en las Shetland puede llevarnos a hacer algunas preguntas (e incluso ensayar posibles respuestas) sobre cuestiones que aún no hemos explorado sobre la vida de los loberos. Después de todo, compartimos con ellos algunas cosas básicas (Joyce 2005): el hecho de ser sujetos encarnados; el hecho de que es precisamente la existencia encarnada la que permite establecer un vínculo original con el mundo; el hecho de visitar un lugar distinto a aquél donde se nació o creció; el hecho de tener que desarrollar habilidades específicas para hacer frente a condiciones extremas, a la relativa ausencia de referencias culturales, al aislamiento respecto del resto del mundo, a la materialidad de los lugares de trabajo y habitación.

Pero la experiencia de los arqueólogos no es directamente trasladable a los loberos (Johnson 2012). Arqueólogos y cazadores presentan infinidad de diferencias; la más importante de las cuales reside en su contexto de inserción cultural. Así, el

equipamiento con que cuentan/contaron, sus regímenes sensoriales, las “formas de hacer” las cosas, el conjunto de significaciones que mantienen/ mantuvieron “en torno” resultan particulares. Para profundizar, entonces, el abordaje de la experiencia de los loberos se vuelve necesario reconstruir la dimensión histórica de los cuerpos, la corporalidad, la subjetividad (Csordas 1993). La reconsideración de documentos escritos y restos materiales a la luz de estas ideas se vuelve relevante. Si bien en este capítulo aún no hemos alcanzado este punto, estamos trabajando intensamente para poder lograrlo en trabajos futuros (ver Salerno 2011 para una reconstrucción de las experiencias conectadas con el vestido a bordo de las naves y en los campamentos).

“Algo que se repite apenas llegamos a Byers es una sensación de desubicación espacial y temporal, una falta de parámetros o indicadores cotidianos a partir de los cuales organizar el espacio y el tiempo. Necesitamos despegarnos de nuestra experiencia urbana y aproximarnos a una nueva. En principio, buscamos un lugar apropiado para establecer el campamento. Los criterios básicos son: protección de los vientos, cercanía a las fuentes de agua dulce, superficie libre de rocas, distancia prudencial de las colonias de animales, proximidad a los lugares donde vamos a trabajar. La tarea de levantar un campamento para una estadía larga, que a lo largo de los años varía de uno a cuatro meses, lleva dos o tres días de dedicación exclusiva. Si bien originalmente el campamento y el paisaje circundante no nos resultan para nada familiares, esta situación se revierte en unos pocos días. Así, el lugar comienza a ser experimentado como un espacio de protección (y la posibilidad de pérdida suscita tensión, miedo, incertidumbre frente a la posibilidad de pérdida).

Algo similar ocurre con las carpas naranjas y amarillas que resultan instaladas. Las primeras (de mayores dimensiones) son espacios comunales (para comer, comunicarse por radio con el continente); y las segundas (donde una persona ni siquiera cabe parado), habitaciones individuales. Estas carpas transmiten sensaciones diferentes: comunicación/ incomunicación, compañía/soledad, exhibición/privacidad, amplitud/ circunscripción de los movimientos. Las relaciones en los campamentos pueden llegar a ser complejas e incluso conflictivas. En nuestro caso (Brasil), existe un jefe científico (coordinador de las actividades arqueológicas), un jefe logístico (alpinista) y personal científico (investigadores y estudiantes). Nadie puede negar la existencia de jerarquías en la toma de decisiones. Sin embargo, no sería correcto decir que esas diferencias se encuentran plasmadas en la materialidad del campamento. En el lugar, que implica una convivencia prolongada, todos comparten el mismo tipo de comodidades (o incomodidades). Así, los grados de “poder” se diluyen en cierta manera, creando una sensación de igualdad y vida comunitaria en la que todos desarrollan las mismas tareas.

El frío nos acompaña con mayor intensidad los primeros diez días y, poco a poco, va disminuyendo hasta llegar a niveles “soportables” a medida que el cuerpo se va acostumbrando.

do. El viento, por momentos ensordecedor y capaz de alcanzar decenas de millas por hora, también comienza a volverse familiar. Las formas en que experimentamos el tiempo nos desafían constantemente. En las Shetland (al igual que en el resto de Antártida), durante los meses de diciembre y enero no existe la noche y la luz del sol dura veinticuatro horas. A la semana de estar en el lugar, nadie sabe con exactitud qué día de la semana es (ni tampoco importa demasiado). Las preocupaciones pasan por la meteorología o la fecha de regreso: ‘¿cómo va a estar mañana?’; ‘¿cuánto falta para que nos vengán a buscar?’. Más allá del infaltable reloj, el paso del tiempo se mide de diversas maneras: la cantidad de trabajo realizado, el cansancio de nuestros cuerpos, la organización de comidas ‘especiales’.



Foto: Laboratorio de Estudios Antárticos en Ciencias Humanas (LEACH, FAFICH, UFMG).

La materialidad de nuestro cuerpo resulta transformada. Al encontrarnos vestidos con trajes especiales (usualmente de carácter unisex) que permiten hacer frente al frío, nuestra voluminosidad se ve engrosada y la motricidad inicialmente se resiente. Otro efecto es la desaparición de indicadores físicos de identidad; a lo lejos, o de espaldas resulta difícil saber si los miembros del equipo son hombres o mujeres, e incluso quiénes son. Nuevamente, después de una semana, esta identificación es reemplazada por algún elemento distintivo, ya sea el color del uniforme, la voz, la forma de movimiento, entre otras. Además del vestido, existen otros cambios importantes en relación a nuestro cuerpo. Con la imposibilidad de bañarnos íntegramente como hacemos en la ciudad, los primeros días nos sentimos incómodos con la sensación de suciedad y los olores del cuerpo. Pero todo esto parece desaparecer mágicamente conforme pasan los días.

La circulación y la orientación en el marco del paisaje merecen una mención especial. Para los novatos, el GPS o el mapa son los instrumentos indispensables para moverse, especialmente cuando no hay ningún veterano para seguir. Esto resulta diferente para aquéllos que visitaron el lugar anteriormente. Si bien no existen caminos o senderos que guíen la marcha o suavicen las pisadas, los valles, riachos, lagunas, morros congelados resultan clave. Éstos marcan el camino, a la vez que imponen sus propias condiciones para transitarlos (mirar siempre el piso, saltar, trepar, etc). Éstos terminan transformándose en puntos sensibles, y a los mismos se les terminan asociando referencias específicas, según las impresiones que causaron en nosotros o las situaciones en que nos vimos envueltos en el lugar.



Foto: Laboratorio de Estudios Antárticos en Ciencias Humanas (LEACH, FAFICH, UFMG).

En las tareas desarrolladas se encuentra claramente comprometido nuestro cuerpo. Caminamos por los alrededores de los sitios; contemplamos las diferentes vistas desde su interior y exterior; nos metemos dentro de las estructuras; tocamos y manipulamos los artefactos encontrados; entre otras cosas. Los antiguos campamentos loberos promueven experiencias específicas. Éstas suelen ser comparadas, de manera más o menos consciente, con las experiencias que anteriormente relatamos sobre nuestra vida en el lugar. Asimismo, las experiencias promovidas por los campamentos loberos se ponen en juego con el conocimiento que llevamos en torno nuestro sobre los cazadores. Sea como fuere, en el contexto del campo terminan irrumpiendo algunas preguntas y posibles respuestas sobre el encuentro encarnado de los loberos con las islas.

Como ya mencionamos en alguna parte, existen pocos relatos sobre la vida de los ca-

zadores en las Shetland (si se los compara, por ejemplo, con los de otros trabajadores en otros escenarios). Las descripciones históricas del archipiélago muestran rasgos recurrentes. Nuevamente el frío, la presencia de nieve, el viento parecen transformarse en puntos de atención. Los estudios consideran que —a pesar de haber existido algunos cambios— las condiciones de las Shetland fueron aproximadamente semejantes en los últimos doscientos años. La sensación de hostilidad se ve reflejada en la denominación brindada a algunos puntos de la cartografía. Punta Diablo, Isla Nevada no son simples nomenclaturas; también transmiten sensaciones muy primarias sobre el entorno. Éstas no nos parecen muy distintas a las que continuamos percibiendo hoy.

Las naves repartían las partidas de operarios en distintos puntos de las playas, y luego pasaban a buscarlas días o semanas después, cuando se consideraba que el trabajo estaba terminado. Los loberos, al igual que nosotros, ¿se habrán tenido que despegar de alguna forma de corporalidad previa para poder vivir y trabajar en las islas? ¿O esta experiencia resulta impactante para nosotros, considerando el contraste de vivir en las islas con las comodidades de una vida urbana y sedentaria? ¿Pudieron las experiencias de los loberos ser diversas, teniendo en cuenta que las tripulaciones provenían de distintos puntos del globo; y se componían de algunos marineros que vivían la mayor parte del tiempo visitando localizaciones de caza, y un número importante de novatos que no tenían experiencia en el oficio? ¿Las transformaciones en la corporalidad se iniciaban en las Shetland o durante el viaje al archipiélago, considerando que los trabajadores debían desplegar habilidades particulares para colaborar con la navegación? De ser válida esta última opción, ¿qué semejanzas y diferencias podía existir entre la corporalidad a bordo y la corporalidad en las islas?

La elección del lugar donde se emplazaba el campamento parece haber estado vinculada a la posibilidad de que las naves se acercaran a la costa, a la presencia de colonias de animales en las inmediaciones y, al igual que nosotros, a la protección contra los vientos y a la disponibilidad de fuentes de agua. Si bien no lo sabemos con certeza, es probable que en los primeros momentos, los loberos hayan sentido un cierto extrañamiento frente al lugar, y que con el paso del tiempo se hayan ido acostumbrando y sintiendo más seguros en relación a él. Construir el campamento debe haber sido una tarea dura. A diferencia de nosotros, que traemos todos los elementos listos para levantar nuestras carpas, los loberos se valieron especialmente de los recursos locales (como rocas) para armar las estructuras. Por su parte, usualmente contaron con algunas lonas y pieles para cubrir los techos.

Los sitios loberos en Isla Livingston usualmente se componen de dos recintos. Atendiendo a los restos encontrados, tenemos la impresión de que uno de ellos se utilizaba como un refugio donde los loberos podían dormir, comer, pasar parte de su tiempo libre. Estando en los sitios, no podemos dejar de sorprendernos por la pequeñez de los recintos. La altura de las paredes es muy baja, por lo que es posible que los operarios tuvieran que agacharse para moverse en el lugar. Así, si no estaban acostados es probable que lo más cómodo haya

sido estar sentado. Vale la pena destacar que, en algunos casos, los recintos parecen haber estado acondicionados con vértebras de ballenas que pudieron ser utilizadas como asientos. Por su parte, si nos acostamos en la superficie del suelo, rápidamente comprendemos que en los refugios tan sólo cupieron unas pocas personas, y que sus cuerpos se encontraron muy, muy próximos unos de otros.



Foto: Laboratorio de Estudios Antárticos en Ciencias Humanas (LEACH, FAFICH, UFMG).

Las partidas de caza se conformaron de un oficial y un grupo de cazadores que respondía a este último. Sin embargo, tal como sucede en nuestro propio caso, las diferencias no parecen haber encontrado una clara materialización en el espacio. En contraposición a nuestro campamento, donde cada uno tiene su habitación, entre los loberos nadie contó con esa posibilidad. El refugio era un lugar que reforzaba el sentido grupal y que invitaba a compartir. Uno sentía constantemente la presencia de los otros, y todo lo que uno percibía se encontraba accesible a los demás. En el centro de los refugios usualmente encontramos restos de un antiguo fogón, y alrededor del mismo restos de comida, botellas de alcohol, pipas para fumar, etc. El calor, los olores y los sabores terminaron siendo compartidos de un modo u otro.

En los refugios también encontramos numerosos restos de vestimenta, incluyendo prendas y zapatos. Tal como sucede en la actualidad, la ropa es indispensable para la supervivencia en un contexto con condiciones extremas. Pero a diferencia del presente, en el siglo XIX no existían prendas especialmente diseñadas para este tipo de entornos. Por este motivo, los loberos debieron haber usado capa sobre capa de las prendas disponibles, lo que les pudo haber dificultado sus movimientos. Las prendas y los zapatos probablemente no resistían

la vida en las Shetland (y por eso eran descartados en las cantidades referidas). Más allá de esto, los artículos muestran de manera recurrente reparaciones expeditivas en forma de costuras y parches, por lo que podemos suponer que continuar usando las prendas y mantenerse calientes era un desafío permanente.

Para terminar, una referencia sobre el trabajo de los loberos. Teniendo en cuenta que una sola partida de caza podía matar y procesar miles de animales antes que la nave pasara a buscarla, es probable que la actividad haya sido muy dura. Al encontrar garrotes, cuchillos, perdigones, ollas, etc. nos preguntamos por las matanzas y el procesamiento de los recursos. Recordamos que algunos relatos (especialmente de balleneros de la misma época) señalan que el derramamiento de sangre causaba una fuerte impresión en los novatos. Asimismo, la separación de la grasa y la preparación de aceite eran inicialmente percibidas como un proceso sucio, nauseabundo, etc. De cualquier modo, con el correr del tiempo, el propio cuerpo terminaba familiarizándose con ello.

PALABRAS FINALES

Como ya mencionamos, este trabajo forma parte de una línea de investigación experimental. Somos conscientes que todavía existen muchas variables que aún necesitan ser incluidas o repensadas con el propósito de ampliar la discusión. Pensamos que este ejercicio exploratorio produce lo que Deleuze (1986, 1989) llama “resonancias”; esto es, fragmentos del presente en el pasado que permiten introducir nuevas ideas y expandir nuestro entendimiento sobre ciertos problemas bajo estudio. En otras palabras, el ejercicio exploratorio sólo pretende comenzar a incluir otras voces que no siempre contaron con protagonismo hasta el momento (incluyendo no sólo a los cazadores, sino también a los propios arqueólogos).

Queremos dejar en claro, una vez más, que estar en las Shetland definitivamente no nos convierte en loberos. Sin embargo, permite generar una comprensión más profunda, que nos conecta con la experiencia de estar en un lugar que no es nuestro espacio cotidiano de vida (y que tampoco fue el de los loberos). Creemos que la experiencia nos acerca a las personas que estudiamos, mientras que los procedimientos tradicionales de las disciplinas históricas nos alejan de ellas. La distancia desde la que historiadores y arqueólogos supuestamente debemos escribir, el lenguaje que usamos, la racionalidad científicista, nos hace creer que conocemos cómo eran las personas que estudiamos, sin arriesgarnos a ser criticados.

Sabemos que desde una posición ortodoxa es difícil, sino imposible, aceptar este tipo de planteos, en tanto suponen una ruptura frente a visiones dogmáticas que dominaron las ciencias sociales por años. Creemos que el intento de desarrollar nuevas aproximaciones no es en vano (más allá de si el resultado es completamente favorable o no), en tanto el objetivo de las disciplinas históricas debe ser construir un conocimiento crítico, que además permita acercarnos (y no distanciarnos) de las personas que vivieron y trabajaron en otros tiempos.

AGRADECIMIENTOS

Queremos agradecer a los miembros del proyecto Paisajes en Blanco, al Instituto Multidisciplinario de Historia y Ciencias Humanas (CONICET), al Departamento de Sociología y Antropología (UFMG). No queremos dejar de mencionar el auxilio financiero de CNPQ (PROANTAR edital 23/2009, 408684/2013-5, Ciencias Humanas 407544/2012-7, Universal 470882/2013-1) y FAPEMIG.

BIBLIOGRAFÍA

- AHO, K. 2005. The missing dialogue between Heidegger and Merleau-Ponty: On the importance of the Zollikon Seminars. *Body & Society*, vol.11, n.2:1-23.
- ALVES, P. & RABELO, M. 1999. Significacao e metáforas na experiencia da enfermidade. En RABELO, M., ALVES, P. & SOUZA, I (Eds.) *Experiencia de Doença e Narrativa*. Fiocruz, Rio de Janeiro. Pp.173-187.
- BASBERG, B. & HEADLAND, R. 2008. The 19th-century Antarctic sealing industry. Sources, data and economic significance. NHH September Disponível em: <http://www.nhh.no/Files/Filer/institutter/sam/Discussion%20papers/2008/21.pdf> Acceso 01/01/2014.
- BERGUÑO, B. 1993a. Las Shetland del Sur: El ciclo lobero. Primera Parte. *Boletín Antártico Chileno*, abril: 5-13.
- BERGUÑO, B. 1993 b. Las Shetland del Sur: El ciclo lobero. Segunda Parte. *Boletín Antártico Chileno*, octubre: 2-9.
- BOURDIEU, P. 1999. *Meditaciones Pascalianas*. Anagrama, Barcelona.
- BRAUN-MENÉNDEZ, A. 1974. *Pequeña Historia Antártica*. Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires.
- BUCHLI, V. & LUCAS, G. 2001. Between remembering and forgetting. In BUCHLI, V. & LUCAS, G. (Eds.) *Archaeologies of the Contemporary Past*. Routledge, London. Pp. 79–83.
- BUTLER, J. 2002. *Cuerpos que Importan. Sobre los Límites Materiales y Discursivos del "Sexo"*. Paidós, Buenos Aires.
- CARR, D. 1987. *Interpreting Husserl. Critical and Comparative Studies*. Martines Nijhoff Publishers, Dordrecht.
- CITRO, S. 2006. Variaciones sobre el cuerpo: Nietzsche, Merleau-Ponty y los cuerpos de la etnografía. In MATOSO, E. (Ed.) *In-certidumbres del Cuerpo. Corporeidad, Arte y Sociedad*. Letra Viva, Buenos Aires. Pp. 45-106.
- COSSLEY, N. 1995. Merleau-Ponty, the elusive body and carnal sociology. *Body & Society*, vol.1, n.1:43-63.
- CROSSLEY, N. 2001. The phenomenological habitus and its construction. *Theory*

- and Society*, vol. 30:81-120.
- CSORDAS, T. 1990. Embodiment as a paradigm for anthropology. *Ethos*, vol. 18, n.1:5-47.
- CSORDAS, T. 1993. Somatic modes of attention. *Cultural Anthropology*, vol. 8, n.2:135-156.
- CSORDAS, T. 1999. Embodiment and Cultural Phenomenology. In WEISS, G. & FERN HABER, H. (Eds.) *Perspectives on Embodiment*. Routledge, New York. Pp. 143-162.
- DELEUZE, G. 1986. *Cinema 1: The Movement-Image*. Athlone, London.
- _____. 1989. *Cinema 2: The Time-Image*. Athlone, London.
- DESCARTES, R. 1968 [1637]. *Discourse on Method and the Meditations*. Penguin, Harmondsworth.
- GARDNER, S. 2006. Phenomenology: Merleau-Ponty. University College of London, Disponível em: <http://www.ucl.ac.uk/~uctyseg/mponty.pdf>. Acesso em: 01/01/2008.
- FITTE, E. 1962. *El Descubrimiento de la Antártida. Crónica de los Hombres y Barcos que Exploraron las Aguas de las Shetland del Sur*. EMECE, Buenos Aires.
- _____. 1974. *Crónicas del Atlántico Sur. Patagonia, Malvinas y Antártida*. EMECE, Buenos Aires.
- GONZÁLEZ-RUIBAL, A. 2013. Reclaiming archaeology. In GONZÁLEZ-RUIBAL, A. (Ed.) *Reclaiming Archaeology: Beyond the Tropes of Modernity*. Routledge, Abingdon y New York. Pp. 1-29.
- GOULD, R. 1941. The charting of the South Shetlands, 1819-1828. *The Mariner's Mirror* XXII, vol.3: 206-242.
- GROSZ, E. 1994. *Volatile Bodies: Toward a Corporeal Feminism*. Indiana University Press, Bloomington.
- HEADLAND, R. 1989. *Chronological List of Antarctic Expeditions and Related Historical Events*. Cambridge University Press Studies in Polar Research, Cambridge.
- HEADLAND, R. 2009. *A Chronology of Antarctic Exploration. A Synopsis of Events and Activities from the Earliest Times until the International Polar Years 2007-2009*. Bernard

- Quaritch Limited, London.
- HEIDEGGER, M. 2007 [1927]. *El Ser y el Tiempo*. Fondo de Cultura Económica, México.
- JACKSON, M. 1996. Introduction. Phenomenology, radical empiricism, and anthropological critique. In JACKSON, M. (Ed.) *Things as They Are. New Directions in Phenomenological Anthropology*. Indiana University Press, Bloomington e Indianapolis. Pp. 1-50.
- JAY, M. 1988. The rise of hermeneutics and the crisis of ocularcentrism. *Poetics Today*, vol. 9, n.2: 307-326.
- JOHNSON, M. 2012. Phenomenological approaches in landscape archaeology. *Annual Review of Anthropology*, vol. 41:269-284.
- JOYCE, R. 2005. Archaeology of the body. *Annual Review of Anthropology*, vol. 34:139-158.
- LE BRETON, D. 1995. *Antropología del Cuerpo y Modernidad*. Nueva Visión, Buenos Aires.
- LEVIN, D. 1993. Introduction. In LEVIN, D. (Ed.) *Modernity and the Hegemony of Vision*. University of California Press, Berkeley y Los Ángeles. Pp. 1-29.
- LOCK, M. 1993. Cultivating the body: Anthropology and epistemologies of bodily practice and knowledge. *Annual Review of Anthropology*, vol. 22:133-155.
- MARTIN, L. 1940. Antartica discovered by a Connecticut yankee, Captain Nathaniel Brown Palmer. *The Geographical Review XXX*, vol. 4: 529-552.
- MARTÍN-BUENO, M. 1995. Proyecto San Telmo. En *Informe sobre Actividades Científicas de España en la Antártida durante la campaña de 1994-95*, pp. 249-162. Comisión Interministerial de Ciencia y Tecnología, Madrid.
- MARTÍN-BUENO, M. 1996. Proyecto San Telmo: Arqueología Terrestre y Subacuática en la isla Livingston e isla Desolación, Antártida. In *Informe sobre Actividades Científicas de España en la Antártida durante la campaña de 1994-95*, pp.173-178. Comisión Interministerial de Ciencia y Tecnología, Madrid.
- MIERS, J. 1920. Account of discovery of New South Shetland, with observations on its importance in Geographical, commercial and political point of view: with two plates. *Edinburgh Philosophical Review*, vol. 3: 367-380.

- MERLEAU-PONTY, M. 1993 [1945]. *Fenomenología de la Percepción*. Fondo de Cultura Económica, México/Buenos Aires.
- PINOCHET DE LA BARRA, O. 1992. El misterio del San Telmo. ¿Náufragos españoles por primera vez Antártida? *Boletín Antártico Chileno* abril: 2-5.
- RICOEUR, P. 2004. *Memory, History, Forgetting*. University of Chicago Press, London.
- SALERNO, M. 2006. *Arqueología de la Indumentaria: Prácticas e Identidad en los Confines del Mundo Moderno*. Del Tridente, Buenos Aires.
- SALERNO, M. 2007. “Identidades extremas”: Moda, Vestido e Identidad en los Confines de la Sociedad Moderna (Antártida, Siglo XIX). *Arqueología*, vol. 13:185-211.
- SALERNO, M. 2011. Persona y cuerpo-vestido en la modernidad: Un enfoque arqueológico. Tesis (doctorado en arqueología). Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Manuscrito archivado.
- SALERNO, M., ZARANKIN, A. & SENATORE, M.X. 2010. La visión cartográfica: Expansión territorial y poder en el mundo moderno. In PATIÑO, D., ZARANKIN, A. & MANTILLA, C. (Eds.) *Arqueologías Históricas, Patrimonios Diversos*. Universidad del Cauca, Cauca. Pp. 15-32.
- SENATORE, M.X. & A. ZARANKIN. 1996. Arqueología Histórica Antártica. Informe presentado al Instituto Antártico Argentino. Ms.
- _____. 1997. Arqueología Histórica en Antártida. Avances en la investigación. Actas del II Congreso Argentino de Americanistas tomo II, págs. 585-603. Buenos Aires.
- _____. 1999. Arqueología Histórica y expansión capitalista. Prácticas cotidianas y grupos operarios en la Península Byers, Isla Livingston, Shetland del Sur. In ZARANKIN, A. & ACUTO, F. (Eds.) *Sed Non Satiata. Teoría Social en la Arqueología Latinoamericana*. Del Tridente, Buenos Aires. Pp. 171-188.
- STACKPOLE, E. 1952. The first recognition of Antarctica. *Boston Public Library Quarterly*: 3-19.
- STACKPOLE, E. 1955. *The voyage of the Huron and the Huntress. The American Sealers and the Discovery of the Continent of Antarctica*. The Marine Historical Association, Mystic.
- STEHBERG, R. & LUCERO, V. 1995. Arqueología Histórica de la Isla Desolación.

Evidencias de coexistencia entre cazadores de lobo de origen europeo y aborígenes del extremo sur americano en la segunda década del siglo pasado. *Serie Científica del Instituto Antártico Chileno*, vol. 45: 67-88.

STEHBERG, R. 2003. *Arqueología Histórica Antártica. Aborígenes Sudamericanos en los Mares Subantárticos en el Siglo XIX*. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Santiago.

STEWART, S. 1999. Prologue: From the museum of touch. In KWINT, M., BREWER, C. & AYNLEY, J. (Eds.) *Material Memories*. Berg, Oxford y New York. Pp. 17-36.

TARLOW, S. 2000. Emotion in archaeology. *Current Anthropology*, vol. 41, n. 5: 713-746.

THOMAS, J. 1993. The politics of vision and the archaeologies of landscape. In BENDER, B. (Ed.) *Landscapes: Politics and Perspectives*. Berg, Oxford. Pp. 19-48.

_____. 1996. *Time, Culture and Identity. An Interpretive Archaeology*. Routledge, London.

TILLEY, C. 1994. *The Phenomenology of Landscape*. Berg, Oxford.

_____. 2004. *The Materiality of Stone. Explorations in Landscape Phenomenology*. Berg, Oxford y New York.

THROOP, J. & MURPHY, K. 2002. Bourdieu and phenomenology. A critical assessment. *Anthropological Theory*, vol. 2, n.2:185-207.

VAN WOLPUTTE, S. 2004. Hang on to yourself: Of bodies, embodiment, and selves. *Annual Review of Anthropology*, vol. 33:251-269.

VIGARELLO, G. 2005. *Corregir el Cuerpo. Historia de un Poder Pedagógico*. Nueva Visión, Buenos Aires.

WARNIER, J. 2001. A praxeological approach to subjectification in a material world. *Journal of Material Culture*, vol. 6, n.1:5-24.

WOLF, E. 1982. *Europa y la Gente Sin Historia*. Fondo de Cultura Económica, México.

ZARANKIN, A. & SENATORE, M.X. 2007. *Historias de un Pasado en Blanco. Arqueología Histórica Antártica*. Argumentum, Belo Horizonte.

_____. 1999. "Estrategias y tácticas" en

el proceso de ocupación de la Antártida –siglo XIX. *Desde el País de los Gigantes. Perspectivas Arqueológicas en Patagonia*, vol. 1: 315-327. Universidad Nacional de la Patagonia Austral, Río Gallegos.

_____. 2005. Archaeology in Antarctica, 19th century capitalism expansion strategies. *International Journal of Historical Archaeology*, vol. 9, n.1:43-56.

_____. 2012. Storytelling, “Peixe Grande” e arqueologia; repensando o caso da Antártica. En FAGUNDES, W. & PRADO, F. (Eds.) *Tempos Ancestrais*. Annablume, Ilhéus. Pp. 281-301.

ZARANKIN, A., SENATORE, MX., SALERNO, M., VALLADARES, I. & CRUZ, M,J. 2008. Historias bajo Cero; Arqueología de las Primeras Ocupaciones Humanas en Antártida. In BORRERO, L. & FRANCO, N. (Eds.) *Arqueología del Extremo Sur de Sudamérica*. Dunken, Buenos Aires. Pp. 251-283.